

ACADEMIA DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE COSTA RICA

DECADA

Diez Esbozos Biográficos

FRANCISCO MARIA NUÑEZ

1951

P R E F A C I O N

ESTE FOLLETO tiene un objeto: recoger diez artículos de periódico, en un afán de conmemorar CUARENTA AÑOS de consagración al diarismo, a la vez que se honra a diez ciudadanos distinguidos, que pasaron a mejor vida.

No ignoro el presagio del padre de Voltaire: *La literatura es la profesión del hombre que quiere ser inútil a la sociedad y una carga para su familia y que se propone morir de hambre.* Vale decir, que se aviene a vivir pobremente. Que renuncia a una profesión lucrativa. Porque sí puede ser útil quien se dedica a hacer literatura.

Tampoco desconozco que Voltaire no hizo fortuna, pero sí ganó gloria. Su genio le abrió las puertas de los salones aristocráticos. Tuvo que sufrir muchas amarguras, pero ennoblecó un apellido oscuro. Con todos sus errores y todas sus fallas, fue calificado de *alma y esencia de su siglo.*

En estas crónicas se honra a diez Varones que fueron honra y prez de la Patria. Si no tienen ellas otro mérito, sí debe reconocerse mi empeño por exaltar valores. Y ya es mucho, aquí donde solemos olvidarlos. Temer a la sombra que otros proyectan, por su gran altura.

Si la literatura no produce, que por lo menos sea instrumento capaz para crear y estimular. Para hacer cultura y exaltar la virtud.

No he de renunciar al derecho de hacer de mi profesión u oficio, — lo que sea —, medio propicio para reconocer los méritos ajenos y presentar ejemplos de ciudadanos leales que supieron servir a su patria.

Yo sé, por Emerson, que *La más verdadera prueba de la civilización de un país, no es el censo, ni el tamaño de las ciudades, ni el valor de las cosechas, sino la clase de hombres que produce y culturiza.*

Francisco María Nuñez

San José, Costa Rica
11 de junio de 1951

ANASTASIO ALFARO GONZALEZ

DESPUÉS de varios años de quietud, en una silla de ruedas, quien fue dinámico investigador, caminante entusiasta,—terminó sus días, en esta capital, uno de los varones que mejor representaban la intelectualidad costarricense: el profesor don Anastasio Alfaro González. Como los profetas alcanzó luengos años; los ochenta y cinco. Su cabeza blanqueada, pero su espíritu siempre reverdecido por el afán de saber y de investigar. Lector asiduo; constante cantor, en prosa y en verso. Para él no tuvieron secretos ni la Naturaleza, ni las letras ni las misma poesía. Era como el pájaro de nuestros campos, capaz de cantar frente a una puesta de sol, con la misma sencillez y con la misma efusión, con que estudiaba las plantas recogidas en las más lejanas comarcas costarricenses. Su pasión era el estudio.

Nació en la ciudad de Alajuela en febrero del año 1865. Modesto su hogar; grandes sus aspiraciones de saber. Porque fue constante logró realizar su destino. Hizo su enseñanza superior; estudió derecho y alcanzó el bachillerato. Pero su inclinación era el estudio de la naturaleza. Buscaba la ciencia, allí donde estuviera.

Profesor meritísimo; Director de los Archivos Nacionales y del Museo Nacional, en dos diferentes épocas; investigador de renombre en los centros científicos más destacados del mundo. Publicista de amplia labor. Recorrió el país de una a otra frontera y de costa a costa. Pero no fue de paseo, sino a recolectar plantas y minerales; a apreciar costumbres; a estudiar la zona, en todos los diferentes aspectos con interés.

Y de sus investigaciones iban quedando artículos en periódicos y revistas, y más tarde en libros. El año 1906 publicaba la Imprenta Alsina su *Arqueología Criminal Americana*, don-

de recopiló sus estudios en los Archivos Nacionales. Esa obra no ha tenido paralelo en los cincuenta años transcurridos. Representa la lectura de 583 causas criminales. Un trabajo de trascendencia para un Centro de Psiquiatría y Criminalología. Precisamente el de Buenos Aires de la República Argentina, recibió ese libro con aplausos. Ya la escuela criminalista del mundo señalaba nuevos rumbos a los penalistas y marcaba el nacimiento de una nueva ciencia, muy humana, llamada a favorecer al hombre no sólo atenuando las penas, sino también aconsejando medios para librarlo de caer en la criminalidad. Preever para no tener que curar, dentro de la política social.

Pero antes, había publicado *Petaquilla*, que mereció la atención de la crítica española. Se apreció al poeta por el amor que sentía hacia la Naturaleza; la observación profunda de las cosas. Verso y prosa. Descripciones de la naturaleza y retratos humanos. Impresiones de viaje y recuerdos de costumbres. Todo sencillo, pero bien enfocado. *Petaquilla* mereció la reedición el año 1939.

Hay que recordar otros de sus libros: *El Delfín de Corobici*, editado por García Monge, en la colección *El Convivio*, el año 1923. Un detalle de costumbres indígenas.

El libro nació de una serie de conferencias escolares que despertaron interés. Una novelita cautivadora, de hilación anecdótica, que tiene por fondo la descripción de paisajes, el relato de costumbres. Una visión de Nicoya antes de la conquista española. El autor, pensando en lo que vió y apreció, hace una revisión de una época anterior, poniendo su fantasía y su saber en tan feliz armonía, que la lectura de su ensayo de novela tiene el privilegio de hacernos vivir retrospectivamente.

También publicó *Investigaciones Científicas*, Editorial Trejos, 1935, donde recogió la obra publicada durante medio siglo de actividad científica, debidamente seleccionada. Establece, como corolario, la posibilidad de que en Costa Rica se fundieran las razas y las culturas de todos los pueblos, por la

posición geográfica, el ambiente nuestro. Influencia europea, australiana, africana o todas juntas? Pues no se dieron la mano, también, las culturas caribes, huetares y chorotegas?

Pero esos no son todos los libros de don Anastasio: habría que citar *Mamíferos de Costa Rica; El Centenario, Madrid* (1892-93); y para confirmar una opinión y analizar la potencia del escritor, de mente clara y múltiple, habría que leer *Páginas Ilustradas, Boletín de la Biblioteca Nacional, Boletín de las Escuelas Primarias, Boletín de Fomento, Boletín de Enseñanza, Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura, Repertorio Americano, El Maestro, Anales del Museo Nacional, Informes del Museo Nacional, La Revista del Instituto del Café, etc.*

Costa Rica fué conocida en el exterior, con más precisión por los trabajos científicos de don Anastasio, por sus empeños de presentar aspectos de nuestra cultura en las exposiciones internacionales, que por la labor diplomática.

Sirvió a la patria con devoción, en diferentes cargos, especialmente los campos de la investigación. Fue ministro de Educación, por una de esas casualidades de la vida. Porque se le creyó el hombre capaz de amalgamar voluntades. Pero él hizo de político sincero, pensando más en la obra educativa, que en los intereses políticos. Donde otros se encharcan, él posó sus plantas, y pasó sin manchar su nombre, sin perder simpatías. Era un hombre sincero y de gran fe en la cultura.

Se empeñó en esclarecer la actuación de Juan Santamaría y descubrió el único documento, rubricado por el Presidente don Juan Rafael Mora, donde se hace referencia del hecho histórico que permitió a Costa Rica tener un héroe popular. ~

Una línea recta, en constante ascensión; un espíritu noble, generoso, capaz de darse por entero, sinceramente. Pulió su propia vida y alcanzó la ancianidad, lleno de mérito y ejemplaridad. En su sepulcro podría consignarse una sólo frase: Fué un Maestro ejemplar que sirvió a la Patria con sinceridad.

Ibamos a poner punto final, cuando reparamos una lamentable omisión: el hombre de hogar. Esto es tan importante, como el enfoque del sentir del ciudadano en la anécdota. No puede quedar completo un boceto autobiográfico sin que se diga algo del padre, que se empeñó por dar a sus hijos una carrera, por convertirlos en elementos útiles a la sociedad. El esposo consagrado, que hizo de su hogar un relicario de afectos. Los últimos años, don Anastasio y su esposa, doña Gordiana, los pasaron ambos en una silla de ruedas. Uno frente a otro, siempre con el mismo afecto y la misma admiración. Ella le precedió en el viaje eterno, pero fue cosa de días. El la siguió esperanzado, con la ilusión de encontrarla en otra vida mejor. Esto habla de la ejemplaridad del hogar Alfaro-Flores.

El Gobierno de la República, dando una nota plausible, decretó tres días de duelo, por la muerte del maestro de generaciones, por el escritor modelo. Se estableció un precedente noble. Tan hermoso como aquél que movió a declarar Benemérito de la Patria a Ricardo Fernández Guardia, escritor exquisito, clásico, quizá único en nuestro medio. Ambos consagraron más de medio siglo a las letras y la enseñanza. Enseñaban con sus escritos y con su ejemplo de consagración al trabajo.

La escuela costarricense tiene una deuda con don Anastasio Alfaro y pensamos que ha llegado la hora de cumplirla. Pocos como él, señalan en la historia educacional costarricense, un caso de dación total, a la obra de la cultura, sin buscar posiciones ni pagas, con la sinceridad de un maestro vocacional, animado del más ardiente celo patriótico.

Costa Rica está de duelo. Ha muerto un patriarca de las letras!

21 de enero de 1951.

ROBERTO BRENES MESEN

SOLEMOS dolernos, cuando desaparece un hombre que se destacó en nuestro medio, pero echamos un velo sobre los infortunios que él sufrió, las dificultades que se le presentaron para vencer en sus empeños y triunfar definitivamente. Pareciera que nos lastimara el éxito ajeno. Pero eso no quita que reservemos para la posteridad los elogios y las consagraciones. Sin embargo, cuántas vidas se malogran por falta de apoyo, de comprensión, y cuántas no realizan todo lo que su capacidad pudo permitir, por ese espíritu negativo nuestro! Creemos que es la oportunidad para esta recriminación. En las primeras horas de la mañana de ayer falleció en esta capital el profesor don Roberto Brenes Mesén. La noticia se extendió rápidamente y entonces surgieron las lamentaciones. Realmente la República ha perdido uno de sus valores, y también a uno de los ciudadanos más combatidos. Se le mortificó por el estilo de su poesía; por su actuación en la enseñanza pública; por su viril esfuerzo en el campo político, donde quiso hacerse sentir como maestro. Porque nada buscaba ni nada podía desear, quien había alcanzado honores y también una posición económica holgada, para un varón modesto.

Don Roberto vino de un hogar humilde, y se empeñó en ennoblecer su vida, lográndolo ampliamente. Con su trabajo, con su consagración a las letras, con esa distinción del caballero, que para unos rayaba en pedantería.

Alcanzó a vivir setenta y tres años, y puede decirse que sólo en los últimos meses, cuando la enfermedad que lo aquejaba — consecuencia de una vida de estudio permanente, — lo obligó a dejar sus archivos y sus libros, cesó en las actividades. Tiempo tuvo para todo: para leer, que era su pasión; para escribir, para mantener correspondencia; para dar leccio-

nes, dictar conferencias y cumplir sus deberes sociales. Uno de sus últimos empeños fué la organización de un curso de periodismo, en su propia casa. Quería contribuir a mejorar el diarismo, dar oportunidad para que se aprovecharan las ideas que adquirió, en ese campo, cuando estuvo en los Estados Unidos.

El poeta Rogelio Sotela escribió estos conceptos sobre Brenes Mesén, en su libro *Escritores de Costa Rica*: «El caso de Brenes Mesén es de mostrarlo a los jóvenes para que aprendan una buena lección y esfuerzo y optimismo y sepan cuanto vale en la vida de un hombre el ejercicio de la voluntad y de la inteligencia. Desde muy joven, sin recursos casi, luchando contra toda dificultad, logró al cabo realizar sus nobles triunfos. Ningún hombre entre nosotros, a su edad y en sus condiciones, habrá hecho aquí lo que Brenes Mesén pudo hacer. Su vida podría definirse diciendo que es una preocupación constante de mejorarse, de saber, de servir».

Realizó la segunda enseñanza en el Liceo de Costa Rica, entre 1886 y 1892; asistió a la Escuela de Derecho en 1895 y al año siguiente se dirigió a Santiago de Chile a hacer su especialización como profesor de Castellano. Vuelto al país, en 1900, contrajo matrimonio con la estimable dama, doña Ana María Carrillo, que ha sido una abnegada compañera en todas sus situaciones. Cuando formó parte don Roberto, de un gabinete, trató de sustituir el viejo sistema, de enseñanza, las *lecciones de cosas*, por lo que él llamó los *túpicos*, que obligaban un mayor trabajo. Los maestros, con contadas excepciones, no lo entendieron o no quisieron entenderlo y sus programas fracasaron. Años más tarde se volvió a su plan, ahora con el nombre de *centros de interés*. Se desalentó? No. Insistió mientras pudo y luego regresó a su casa, y se consagró a los suyos, a sus libros y sus escritos, sin evanescerse ni negarse, sabiendo que trató de servir bien a su patria, sin dolerse de no haber sido comprendido. En su hogar tenía quien lo entendiera y compartiera las penas, mitigándolas siempre, con una lealtad y una abnegación ejemplares. Un

hogar, a la antigua usanza costarricense: modesto, trabajador y ejemplar, porque en él reinaba la virtud.

Sin tiempo para reseñar la vida de don Roberto, que cubre casi medio siglo de actividad literaria y ciudadana, y sin tener a mano el fichero que suelen dar las bibliotecas públicas en los países mejor organizados, para estos casos, en que se necesita escribir una nota biográfica intempestivamente, hemos de valernos de nuestros propios medios, de los apuntes personales, y en forma sintetizada. Tiempo habrá para hacer una verdadera biografía, un estudio de la vida dinámica, esforzada y singular de este favorito de las Musas.

Dirigió el Liceo de Heredia, entre los años 1905 a 1908, y por esa misma época orientó la revista *Vida y Verdad* en asocio de Joaquín García Monge, creando un verdadero revuelo entre los elementos católicos, por su marcada tendencia liberal. No puede olvidarse que la ciudad de Heredia, como la de Cartago, tenía entonces una tendencia al misticismo; consecuentemente, no podían los padres de familia avenirse a que la enseñanza superior que recibían sus hijos estuviera en manos de un hombre de ideas tan avanzadas. Pero para don Roberto lo primero eran sus ideas y siguió en su tarea contra viento y marea. Nada le arredraba; ni las injurias y los denuestos, ni la posibilidad de perder el cargo. Su juventud, su voluntad, y su talento eran su mejor escudo. Formó parte del gabinete del licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, entre los años 1912 al 1914. Aquél, también de extracción liberal, a quien se combatió diciendo entre otras cosas que convertiría las iglesias en caballerizas, no dudó en llevar a Brenes Mesén a la dirección de la enseñanza pública, conocida ya su filiación sectaria, pues estaba afiliado a la teosofía y había alcanzado un alto grado en la masonería. Otra ola de invectivas y otra serie de dificultades, pero nada le arredró. Tenía el respaldo del jefe del Poder Ejecutivo.

Pasó a servir en la diplomacia, aceptando la legación en Washington que desempeñó del año 1914 al 1915, y luego fué llevado a la dirección de la Escuela Normal de Costa Rica, organizada en la ciudad de Heredia por la Administración González Flores.

La enseñanza lo llamaba a filas, y no podía excusarse. Su vocación era para el magisterio. Vino el cambio de gobierno; el intempestivo huracán de la política lo obligó a trasladarse a los Estados Unidos. Fué, entonces, profesor de lenguas romances en la Universidad de Syracuse, de New York. Después ocupó otros varios cargos, en otras universidades de renombre, distinguiéndose como catedrático. Desde allá enviaba sus versos y sus comentarios para *Repertorio Americano*; allá seguía cultivándose. Era profesor a ratos y otros hacía de alumno. Entonces hizo cursos sobre periodismo y sobre ciencias políticas. Llegó a herirlo el dolor. Perdió a dos de sus hijas, pero se sobrepuso a la desgracia y la soportó con estoicismo. Más sufrió el Santo Job. Finalmente vuelve a Costa Rica, jubilado por la Universidad a la cual sirvió el tiempo reglamentario y entonces se consagra a escribir versos, prosas, y artículos de combate. La política lo coge de lleno y no valen ruegos de los deudos, para que abandonase tarea tan ingrata. Pero él tenía el sentido del maestro, y quería hacer de maestro en las lides políticas. Había mucho que renovar; mucho que sanear. Y como su independencia económica le permitía actuar, sin que se pensara en que iba tras el lucro, ejercía su labor con rudeza a veces, pero sinceramente siempre. Eso sí, había elegancia en su prosa. A ratos le daba ese tinte, a que tan dado era, del apólogo. Vestía su pensamiento con flores. Por cierto que no siempre quedaba al alcance de la mayoría de los lectores. Don Roberto era como quería ser. Hasta en su estilo se singularizaba. Llegó a su final, con muchos odios y muchos resentimientos, pero tranquilo de haber realizado su misión ciudadana. Para el hombre culto, sincero consigo mismo, es tan obligatorio ejercer la profesión vocacional, como llenar la tarea de compartir el saber o la experiencia con los demás, haciendo libros, dictando conferencias. Pensamos que al hacer balance de su vida, si tuvo un momento lúcido, ha podido decir: Nada me debes ni nada te debo. Me voy sin odios y sin enconos. La escena ha finalizado y no tengo nada de que arrepentirme. Si recibí palos, también supe darlos; si cometí errores, también realicé obra de bien. Que se me haga justicia, y estaremos todos en paz.

Vamos extendiéndonos mucho, — dentro de las limitaciones del periódico de hoy — en esta reseña biográfica, que en atención a la ilustre personalidad de don Roberto, debería llenar no una, sino varias páginas. Por su condición de maestro, por su calidad de escritor de renombre continental; por su mérito como filólogo; por sus alcances como poeta y su devoción a la enseñanza y su ejemplar actuación ciudadana. Más, algo hemos de decir de sus libros. Fundamental, su *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana*. 1905. Escribió más de una docena de libros: *En el Silencio*, 1907; *Hacia Nuevos Umbrales*, 1914; *El Misticismo como Instrumento de Investigación de la Verdad*; *La Metafísica*, *Los Dioses Vuelven*, *Lázaro de Betania*, 1931; *En Busca del Grial*; 1935, *Crítica Americana*, 1937. Y en los últimos tiempos, como presintiendo su final, publicó tres y más libros por año. Tradujo en 1921 *El Pájaro Azul* de Maeterlinck y *Tu y Yo* de Paúl Gerald. Dictó conferencias aquí y en otros países; hizo labor de periódico en *Diario de Costa Rica*, entre los meses de julio, agosto y setiembre de 1944; también escribió en *La Prensa Libre* y otros periódicos. Seguramente su último trabajo fue un ensayo sobre la personalidad de Andres Bello, que envió a un concurso abierto por el Gobierno de la República de Venezuela, y del cual no se volvió a saber nada. Ni siquiera tuvo noticia de si se había recibido.

Ayer, a primera hora, dobló la hoja y se quedó dormido. Mientras sus restos esperaban el regreso a la madre tierra, los maestros, por quiénes él tanto se preocupó, asistían a un recital en el Teatro Nacional. Quizá él ha escuchado el desgranar de los versos, como si fuera una última despedida. Los versos bellos, bien dichos, suenan grato al oído. Ya en el tránsito a lo desconocido, dióse prisa su espíritu a la cita con Emerson, con Carlyle, con Cicerón, Esquilo, y otros amigos que hace tiempo esperaban la oportunidad para recibirle en su cenáculo. En el Parnaso deben estar hoy de gala. Ha entrado un consagrado.

Consideramos a la estimable dama, doña Ana María de

Brenes Mesén; a los hijos que estaban ausentes; a todos los deudos que sintieron aprecio efectivo por don Roberto. Pensamos que la República debe vestir crespones negros por la pérdida de uno de sus más preclaros hijos, que tan gallardamente la honró en el mundo de las letras, en el de la educación y la cultura; en los campos que actuó. Donde termina el hombre, comienza Dios. Don Roberto ha ganado la eternidad, en el reino de Dios.

20 de mayo de 1947.

LUIS CASTRO UREÑA

CUANDO escribía *Mi Tierra Nativa*, supe del maestro don Juan Castro López, que dirigió una escuelita de primeras letras en Curridabat; mas tarde en San Antonio de Desamparados, y también en San Miguel, del mismo cantón. Era nativo de La Isla, hoy San Sebastián. Hombre modesto, de algunas letras y mayor voluntad para enseñar. Tuvo capital y lo perdió, sin que le doliera mucho. Se atenía a su trabajo para vivir. Y eran reducidas sus aspiraciones. Fué hermano de don Santos Castro, (padre de don Florentino Castro Soto) que le dió nombre a un sector del barrio de San Rafael Abajo de Desamparados. Hombre rico y emprendedor; murió en un accidente, víctima de su propio caballo. De paso, hemos de consignar que de La Isla fué también el licenciado don Benito Serrano, modelo de magistrados.

El maestro Juan Castro contrajo matrimonio en San Miguel de Desamparados con la señora Lupita Ureña Mora y fué su hogar muy apreciado. Especial empeño puso en inculcar buenos hábitos a sus hijos. Ya que no podía heredarles fortuna, ni tenía medios para educarlos bien, pues al menos que fueran virtuosos. Uno de sus hijos fué el poeta y maestro, don Elías Castro Ureña, cuya vida nos interesa reseñar, por lo que tiene de ejemplaridad.

Nació don Luis en hogar tan modesto, allá en San Miguel, que en su infancia tuvo que ejercer oficios simples para ayudar a sus padres; fué vendedor ambulante. Nunca lo olvidó ni lo ocultó. Sentía orgullo de haber sido capaz de ayudar a sus padres. Teniendo habilidad y empeño, más tarde fué aprendiz de sastre, en el taller de don Vicente Montero, de esta capital, uno de los mejores de su época. Llegó a ser cortador. Como su padre y como su hermano don Elías, fué maestro. Pero su vocación era para la abogacía y no perdió

la oportunidad para hacer sus estudios. Una tarea dura, pero la venció. Trabajaba y estudiaba. Fué bibliotecario y realizó sus estudios, obteniendo el título de abogado y notario, el 22 de diciembre del año 1894. Ya tenía una arma en la mano.

En la carrera judicial sirvió como alcalde, juez de San José, magistrado e interinamente, presidió la Corte Suprema de Justicia; promotor fiscal, profesor y examinador, e inclusive director de la Escuela de Derecho, renunciando a sus sueldos, en favor del propio plantel. Ejerció otros cargos públicos: fué munícipe de San José, diputado al Congreso Nacional y ministro de Gobernación, en la segunda administración del licenciado González Víquez.

Inició su carrera de abogado en el bufete del licenciado don Ascención Esquivel, donde también trabajó su hermano don Elías. Comenzó a entroncarse con gentes distinguidas, pero nunca olvidó su origen campesino ni renunció al pueblo. Perteneció al Partido del Pueblo o sea el Republicano Ferdinandista, y estuvo siempre con las causas democráticas.

Tuvo la representación de importantes firmas comerciales: la de Challe, de Tournon, la del Dr. Giustiniani, de la Botica Francesa, de doña Amparo de Zeledón, de don Florentino Castro, de don José Andujar, etc. Fué director y abogado del Banco Nacional de Seguros, hoy Instituto Nacional de Seguros. Manejó muchos millones, con escrupulosidad. Nada quedó en sus manos, que no fuera el producto de su trabajo. Jamás manchó su toga. Cuando se le proponía un negocio malo, o que juzgaba indefendible, lo rechazaba, sin dolerse de los honorarios que podía dejar de percibir.

Por esa honestidad admirable, ejemplar, pudo consignar alguna vez esta frase, que lo honra: *Desnudo nací, y nada puedo llevar a la eternidad, más que el mérito de alguna buena obra moral que realicé en este mundo.* Y agregaba: *no me preocupó grandemente por mi porvenir en cuanto a bienes.*

Era desprendido. La abogacía la ejerció como apostolado de la justicia, no como negocio. Alguna vez quiso hacer

de agricultor, y fué al campo, pero la tierra le fué esquiva. No obtuvo sino pérdidas y decepciones. Mas no se desalentó. Lo que perdió estaba bien perdido. No todos pueden hacer clavos de oro cultivando la tierra. Siguió trabajando de sol a sol. La lección del trabajo la recibió en el hogar de niño y nunca la olvidó.

Su capacidad como abogado y su honestidad ciudadana, fueron reconocidas cuando el Gobierno de la República de Guatemala lo designó su arbitro en el Tribunal Especial de Límites entre Guatemala y Honduras, creado de conformidad con el Tratado de Arbitraje firmado en Washington, el 16 de julio de 1930. Allí trabajó al lado de Mr. Charles Evans Hughes, presidente del Tribunal; del Dr. don Emilio Bello Codesido, arbitro de parte de Honduras, y de otras destacadas personalidades que sirvieron como defensores y asesores de las partes querellantes. De la actuación de don Luis, entonces, siempre hizo buenas referencias el ex-ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala, que lo escogió para arbitro, el doctor don Alfredo Skinner Klée.

En su bufete se iniciaron varios abogados, entre ellos el licenciado don Alfredo González Flores, y cuando éste fué llamado a ejercer la presidencia de la República, en calidad de designado, se mostró complacido. Naturalmente, al ser derrocado aquél, por su propio ministro de guerra, don Federico Tinoco, se enfrentó al nuevo régimen. Fué perseguido y tuvo serios incidentes. Entonces formuló una extensa exposición para presentarla ante la Corte Suprema de Justicia, texto que él mismo denominó *Testamento Político*. Un recurso de amparo, escrito en tal forma, que lo consideramos documento histórico de gran valor. No se conoció entonces y sigue inédito. Hay apreciaciones sobre el momento político que vivía el país y sobre diferentes ciudadanos. Allí se comprueba la sinceridad de don Luis. Ese documento lleva fecha 24 de enero de 1918. Participó en una escaramuza revolucionaria en San Antonio de Belén, en compañía de don Otoniel Monge, y luego fué a buscar refugio en la montaña,

no regresando hasta después del triunfo de la Revolución del Sapoá. Entonces integró la Junta Restauradora.

Fué un gran andariego; le gustaba aprovechar sus días de descanso para recorrer el campo, tratando a los campesinos. Formó un club de excursionistas, en el cual figuró su colega el licenciado don Luis Cruz Meza. Mostró una gran resistencia física.

Escribió en diferentes periódicos; se preocupó mucho por su cultura, viajando al exterior y leyendo. Manejaba el inglés y el francés. Fundó el periódico *Patria*.

Perteneció a la Logia Masónica, desde la edad de 22 años; el diez de noviembre del año 1790 ganaba el segundo grado y el 25 de diciembre siguiente, el tercero. Miembro de la Logia Regeneración N° 7. Pero no buscó honores ni prebendas. Llegó a cooperar con su saber, dicen sus propios compañeros de logia.

Enemigo del licor, siendo ministro de Gobernación, estableció las giras campestres dominicales, exigiendo que en vez de licor, los compañeros de trabajo tomaran jugo de piña. Esto le valió algunas cuchufletas, pero él sabía que su iniciativa tenía un sentido moral. Fué fumador y dejó el cigarro sin dificultad. Tal era su fuerza de voluntad.

Casó con la estimable dama doña Vicenta Zeledón, hija de don José Cástulo Zeledón y casi completa cincuenta años de vida matrimonial. Afectuoso y consagrado a su hogar. Admiró siempre las virtudes de su compañera. Y como ésta se adelantó en el viaje a la eternidad, fué entonces que comenzó su cuerpo a resentirse. Ya no tuvo un día de reposo. De la esposa decía él que fué su guía y su consuelo.

En los últimos días fué llamado a ejercer el delicado cargo de Jefe del Registro de la Propiedad. Aceptó para corresponder a la confianza que le dispensaba su gran amigo, el señor ministro de Gobernación, licenciado don Gerardo Guzmán. Sirviendo allí se agravó su salud. Pidió sus quince días de vacación. Pero el mal iba empeorando. Se le insinuó la

posibilidad de concederle un permiso con goce de sueldo, y lo agradeció pero no aceptó. Nunca he pensado vivir de la caridad, dijo en privado. Murió el 12 de enero pasado.

Recordando la pobreza de sus padres solía repetir que cuando era escolar, para lavarle las ropas, tenía que meterse a la cama; eso sí, siempre fué limpio y bien remendado. Y desgranaba los mejores elogios para la abnegación de su santa madre. Por ella sentía veneración imponderable.

Sintió una gran admiración por Francia, y comentando su participación en la guerra de 1914 a 1918, escribía:

No es en efecto, ni puede ser, la común madre de la humanidad; no, es algo superior, en las regiones del sentimiento porque madre es cualquiera por ley biológica, y sin conocimiento previo con el hijo, cuya condición de tal no ha dependido de su albedrío: mientras que Francia, sin estar obligada a ello, y sólo por la alteza e inmensidad de sus miros, es la nodriza voluntaria, desinteresada, ubérrima, de todos los pueblos de la tierra.

Finalmente, hemos de decir que la vida de don Luis Castro Ureña fue una línea recta; un culto al hogar y a la Patria. Un gran desprendimiento y una sincera y efectiva generosidad. Amó a su pueblo y se confundió con él, pero sin dejar de apreciar que el hombre vale por su cultura, por su honestidad, por el mejor uso de su razón.

Modelo de ciudadanos, pero sin jactarse nunca de esa virtud, porque tuvo por norma practicar el bien, por el bien mismo. La virtud, como simple satisfacción personal.

13 de enero de 1951.

DON CLETO GONZALEZ VIQUEZ

Dijo Jorge Padilla, el bogotano humorista,—que Vargas Vila dejó su tierra cuando ya su tierra empezaba a dejarlo a él. A los políticos, como a las artistas, también suelen abandonarlos los públicos. Unas veces por hastío; otras por desencanto. El talento está en retirarse a tiempo. Ya que no pueden los hombres morirse cuando les viene en gana—, sin contrariar los designios superiores—, por lo menos han de buscar el olvido, antes de que se produzca el abandono. Es menos doloroso que sentirse solos en medio de todos. Sufrir la nostalgia de los días de éxito y esplendor y la decepción de las espaldas vueltas, cuando los años han puesto una barrera infranqueable, tiene que ser muy penoso.

Feliz nuestro don Cleto González Víquez, el gobernante prudente, que cerró los ojos y se despidió de la vida, cuando sus conciudadanos comenzaban a reconocer, sin distingos partidaristas, todos sus méritos. La política suele ceñir a los ojos vendas de odio. Así se explica que la vida patriarcal de don Cleto no fuera suficiente para destacarlo en plataforma visible en todos los contornos. Como hombre de estado fue sincero y devoto de la ley escrita; como ciudadano, siempre estuvo dispuesto a servir; como historiador fue ponderado y perseverante; como jurisconsulto, honesto, estudioso y fiel a su conciencia. Méritos que le hacían acreedor a la consideración y al respeto de la ciudadanía.

*

¡Qué admirable sencillez la de don Cleto! Cuando figuró por primera vez como candidato a la presidencia de la república, se le calificó de jefe del Olimpo. Y uno de sus defensores, exagerando la humildad de la cuna de este prohombre, expresó que nació *descalzo*. Lo que sí consta es que nació, vivió y murió pobre. El dinero no tenía para él—, que lo pu-

do ganar a manos llenas—, el valor que daba a un documento histórico. Prefería gastar su tiempo en una investigación o en completar un luminoso estudio, antes que redactar una escritura, que produciría algo. Pero si se trataba de evacuar una consulta profesional ahondaba el punto, y lo hacía con sabiduría.

Siendo gobernante, no recibió otro emolumento que el asignado en el presupuesto. Limitaba sus gastos y cuando finalizaba el mes, y las congojas financieras apuraban, prefería enviar a Fallitas, su fiel conserje, a conseguirle unos colones. Generalmente Fabio Baudrit lo sacaba de apuros. Después de todo no eran muchos colones los que solicitaba...!

*

Don Cleto fue el prototipo de la honradez. Murió pobre habiendo manejado los destinos del país durante dos períodos; a pesar de ser jurisconsulto de prestigio y un ciudadano sencillo. Un rasgo lo pinta mejor. Hay que saber que los alegatos de don Cleto son tratados de Derecho, pero no le sacó partido a sus profundos conocimientos. En vez de litigar, gustaba de aconsejar. Hacía más de juez que de parte. Antes de pensar en sus intereses, velaba por los de la comunidad. Así se explica su pasión por las cuestiones municipales. Miembro de la corporación o fuera de ella, destinaba buenas horas a la inspección de las obras de importancia. Investigaba, analizaba y daba opinión. Comentaba lo que se hacía y lo que se dejaba de hacer. Lo movía un espíritu de servicio. Y una natural inclinación a la ingeniería. Erré mi profesión; repetía. Era tal su pasión por esas tareas, que alguna vez manifestó a un amigo: *Si la municipalidad me acordara un sueldo de trescientos colones —lo necesario para vivir humildemente—, me concretaría a servir a la comunidad inspeccionando las obras en ejecución.* Debí ser ingeniero en vez de abogado. Con todo, fué jurisconsulto de altos vuelos.

*

Los antiguos fernandistas—sus irreconciliables enemigos políticos de hace años—, reconocen hoy las patriarcales cualidades de este gobernante. Ciertamente, don Cleto per-

teneció al Olimpo: fué un aristócrata del pensamiento. Como historiador, como jurisconsulto, como hacendista, siempre reveló sapiencia; como gobernante, garantizó la libertad de hablar y escribir, y se acercó al pueblo para oirlo y comprenderlo. Sabía que *mandar no es un privilegio; es un honor y una carga*. Tomaba el pulso a la oponión pública y buscaba en ella amparo; no en los cuarteles. Es posible que en muchos de sus actos de gobierno se *aviniera más a que perecieran los principios antes que la nación*. Fue el presidente de los costarricenses, no de una clase ni menos de un partido. Cabe aquí la expresión de Andrade Coello: *No en vano agitó la bandera del idealismo, acentuando el señorío del pensamiento, faena aristocrática que se aleja de la mediocridad*.

*

Hay que levantar a su memoria un gran monumento, en la parte más visible de la capital. De grandes proporciones; capaz de presentar al ilustre varón, ante los ojos de todos sus conciudadanos, como un amparo en las vicisitudes de la República; como el verdadero Padre de la Democracia y el ejemplo más digno de imitarse, sincera y lealmente.

ELIAS JIMENEZ ROJAS

AL tan de la media noche, el Día de la Raza, se despidió del mundo don Elías Jiménez Rojas. El Sabio, que dijera algunos; el constante estudioso, único calificativo que él aceptaba. Prosista de renombre; orador de palabra fácil en otrora, cuando ejerció la docencia; científico formado en Europa, que ennobleció su vida en el trabajo. Hombre sencillo, ajeno a todo ruido mundanal, con un alto sentido humano.

Extraordinario en nuestro medio, porque a los setenta años trabajaba como un joven y tenía tiempo para escribir; para mantener correspondencia interna y externa; ésta última mucho mayor y de más valor. Vivía con el pensamiento unido al de muchas organizaciones científicas y al de destacados hombres de ciencia y de letras. Pero no era todo: tenía tiempo para oír en confesión a los necesitados de un consejo o de una ayuda paternal, y sabía ofrecer con oportunidad su su dádiva, en cada caso. Daba alivio a las dolencias físicas y a las morales también. Seguía con atención los problemas nacionales y los comentaba a su sabor, con talento y patriotismo. Unas veces para él mismo; otras para el público. Pero sin afán de mortificar ni de sobresalir. Con ánimo de cooperación y de preocupación.

Su voz suave; su pensar sereno, razonador, de hombre rico en saber y experiencia, conocedor del mundo. Su consultorio de almas era de interés extraordinario. A su oficina se llegaba con confianza y con seguridad de encontrar alivio al mal. Conocía el corazón humano y diagnosticaba sus dolencias con exactitud matemática, aplicándoles el remedio adecuado; por lo menos ofrecía consuelo. Las penas compartidas se aminoran.

Alguna vez nos informó que de joven sintió la vocación sacerdotal. Un incidente inesperado varió su rumbo y enton-

ces buscó en la ciencia su tranquilidad. El laboratorio formó al materialista. Fue atomista como Demócrito. Creyente devoto de las perennes transformaciones de la materia, nunca tuvo miedo a la muerte. Recién, después de una seria dolencia, le interrogamos al verlo pasar la boca-calle, con su bastón, arrastrando los pies, mientras avanzaba un vehículo:

—No teme a la muerte?

—Ni la temo ni la respeto, contestó.

Materialista convencido, con un fondo espiritualista. Las altas letras, las ciencias, le apasionaban. Y en la búsqueda de sí mismo, entusiasmado por los niños, tanto como por los ancianos desvalidos, llegó a sentir devoción por la Virgen del Olivo, que se velaba en un rinconcito de su sala de trabajo, y cuyo altar adornaban con flores sus amiguitos.

Individualista de toda la vida. Pero no entendió el individualismo como motivo de aislamiento y egoísmo, en los afectos, en los intereses y los estudios, sino como fuente de libertad aplicada a todos los actos de la vida. Quería que cada individuo fuera juez de sus acciones; que cada cual buscara su propio camino y se debatiera en la lucha por su perfeccionamiento. El individualismo *como fundamento y fin de todas las leyes y las relaciones morales y políticas, poniéndole por encima de todos los valores llamados impersonales.*

Individualista-liberal, luchó contra todas las tiranías, aun las intelectuales, pero a su modo; sin estridencia. No era el propósito hacerse sentir, sino salvar el principio. Combatió el estatismo, el socialismo, el colectivismo y el comunismo. El era él. Pero en las relaciones humanas el dolor de los de su afecto se reflejaba en su propia carne. Sintió el dolor de la humanidad y lo compartió sinceramente. Pensó en su patria chica y le pagó el tributo debido; lloró el dolor de Francia, donde floreció su juventud y fraternizó con quienes supieron hermanarse a su pensamiento.

Era un raro entre los hombres de su país. Singular en su pensar; personalísimo en su estilo literario; austero en sus

modales; concentrado en sus investigaciones y sus estudios. Más no había odio en su alma. Pulía su existencia en la búsqueda de su propio camino.

Terminó la jornada como vivió, silenciosamente. Dejó de latir su corazón, a plena noche, acaso cansado de tanto amar a la Ciencia, a las Letras y a la Humanidad; quizá hastiado de tanto dolor estéril y de tanta pena imposible de remediar.

Cerró sus ojos don Elías Jiménez Rojas y su cuerpo fué a descansar al Cementerio, a confundirse con las cenizas de sus mayores. Pero su espíritu no ha muerto. Alienta en las ediciones de *Eos*, *Reproducción* y *Apuntes*; en las páginas luminosas publicadas en periódicos y revistas; donde su pensamiento es como fanal inextinguible; luz que alumbra a la humanidad en marcha

Murió en su ley; firme en su credo filosófico; sin titubeos ni temores. Pidió que sus restos fueran llevados a la huesa, sin pompas; sin llantos; sin flores. Se conformó con el ruido que forman los terrones al caer sobre la modesta caja mortuoria. Ruido que es como saludo fraternal; regocijo de la madre tierra al recibir las cenizas que se reintegran a su vientre fecundo para iniciar la maravillosa vida de las transformaciones que iluminan las luces estelares.

14 de octubre 1945.

VICENTE LACHNER SANDOVAL

QUEREMOS asociarnos al homenaje que ríaden mañana, en la ciudad de Cartago, al doctor don Vicente Lachner Sandoval. Son sus ex-discípulos los organizadores del movimiento que ha encontrado eco en el país. Ellos hacen bien: en esta hora en que quiebran los valores humanos, hay que consagrar las virtudes.

En muchos aspectos puede presentarse a este varón ilustre como ejemplo; pero lo singular en él, es el carácter. Y para el estoico Zenón, el carácter es fuente de la vida.

Se inicia como médico el año 1900 y pronto se revela el hombre de ciencia y de corazón generoso. Sirve pobres medicaturas de pueblo. Es idealista y por eso no hace de la ciencia un comercio. Tampoco pregona con platillos su virtud.

Hacía falta un capítulo sobre *Higiene Pública e Historia de la Profesión Médica y Farmacéutica*, para el libro conmemorativo, *Costa Rica en el Siglo XIX*, y sin calcular las dificultades de la empresa, ni la limitación del tiempo, se pone a trabajar y termina un estudio que honraría a un buen historiador. Su lema es hacer las cosas bien.

En reconocimiento a sus grandes méritos, se le nombra primer superintendente del Sanatorio Durán y allí patentiza su cualidad de buen administrador y sus condiciones de disciplinista. Lleva hasta el enfermo, no sólo la medicina y el tratamiento que procede, sino también los alientos y la fe, que sólo podrían esperarse de un misericordioso.

Pero donde realmente es muy singular su actuación, es en el ramo de la enseñanza. Como profesor y como Director del Colegio San Luis Gonzaga, de Cartago, se recibió. Ese aspecto de su vida es el que quisiéramos resaltar mejor, en esta ocasión.

Empero, tampoco podemos hacer olvido de sus actuaciones ciudadanas: como diputado; como elemento que se constituye en vigilante de los negocios públicos, y es capaz de ir hasta las columnas de la prensa a tratar un asunto, como la despoblación de bosques, con un sentido de previsión y de defensa de la riqueza nacional.

Los griegos, para aumentar la piedad hacia los dioses, quisieron que ellos habitasen sus mismas ciudades, según expresa Cicerón. Los costarricenses hemos de buscar en el ejemplo de los ciudadanos probos, realmente ejemplares, la luz que pueda guiar a la República por senderos menos tortuosos, y acaso volvernos al carril que hemos perdido.

Siendo discípulo de Epicuro y de Hobbes, convencido, dirigió un plantel de segunda enseñanza en la ciudad de mayor tradición católica y nunca se creó un problema serio. Ni siquiera cuando ahondaba en la ciencia biológica ante alumnos de ambos sexos. Es que los padres, los jóvenes y los propios profesores respetaban su ciencia. Hábil para dar sus lecciones, podía evadir los escollos y evitarse las dificultades. Hay algo más: siendo un gran disciplinista, se ganaba las simpatías de sus alumnos. Así como era agradable su lección, interesante siempre, tenía capacidad para comprender al alumno y diplomacia, vale decir cultura, para solucionar los problemas que se presentaban con sus profesores. Un aspecto que no puede olvidarse, es su empeño por lo que Omar Dengo llamaba el abejo de la biblioteca. Para él era el aula máxima; allí en la biblioteca se tomaba el pulso a los estudiantes. No pensó en amontonar libros, tanto como en ponerlos a vivir. La sala-biblioteca fue la máxima del plantel; no el aula muerta de otros centros similares.

Es verdad que sabía escoger sus colaboradores y que tenía libertad para hacerlo a su gusto. También era capaz de respaldarlos ampliamente. Cuando se presentó un padre de familia quejoso, no le dió la razón ni afeó la conducta del profesor. Trató de solucionar el problema sin menoscabo para el buen nombre del compañero. Mas, si éste tenía su culpa, le aconsejaba con aire paternal. Conocía la capacidad de cada

uno de sus subalternos y trataba de armonizarlos con sus alumnos; de hacerlos entenderse.

Y como era buen conversador y tenía siempre un chiste oportuno, con su humorismo ponía término a las situaciones embarazosas. Por ese sentido del humor puede decirse que el doctor Lachner, de joven, tenía algo de viejo; y ahora ya mayor tiene arrestos de joven. Envejeció su cuerpo, pero no su alma.

La mayor preocupación del profesor Lachner Sandoval fué la formación del carácter de sus discípulos. Crearles el sentido de la responsabilidad. Sus lecciones, si bien es cierto que daban ilustración, tendían más a estimular en los jóvenes las aspiraciones y las virtudes. Formar hombres buenos con anhelos de superación. Cada ser humano es un enigma; entenderlo y orientarlo, para que resuelva su propia vida, de la mejor manera, será siempre preferible a empeñarse en hacerlo un sabio a la fuerza, cuando no lo atonta el saber.

Quisiéramos que Costa Rica tuviera el privilegio de contar, por muchos años más, con la presencia material del doctor don Vicente Lachner Sandoval. Pero sabiendo que aquí estamos como en una hospedería, nos avenimos a perderlo, porque su vida laboriosa, fructífera, le ha hecho merecedor al premio del descanso. Queremos que su ejemplo quede vivo siempre. Por eso nos satisface esta exaltación. También nos conforta, frente al problema del más allá, que el doctor Lachner Sandoval, dándose cuenta de que ha terminado su tarea con exactitud y provecho,—varón de gran valor moral,—podrá irse en cualquier momento, sabiendo que la Naturaleza deshace ella misma su obra, habiéndole conservado, hasta el último minuto, la plenitud de su inteligencia y el goce de los demás sentidos. Como Pitágoras, piensa que no hay derecho a desertar de la vida; espera con serenidad la hora final. Y con ese valor que dá la conciencia tranquila, podrá recomendar: *Nadie me honre con lágrimas ni me haga funerales con llanto.* Materialista de toda la vida, sentirá la tranquilidad de ser viejo menos tiempo y más todavía, la de no haber llegado a viejo antes de serlo. Para decirlo al modo de Cicerón.— 21 de junio de 1947.

ERNESTO MARTIN

LAS letras patrias están de duelo. También el Foro nacional, con motivo de la muerte del licenciado don Ernesto Martín Carranza, uno de los clásicos escritores costarricenses. La prosa suya tenía sabor y distinción; elegancia y casticismo. No era una prosa trabajada. Fluía de su pluma con la espontaneidad de la fuente en la espesura selvática.

De la época que llamaríamos de oro de la literatura costarricense, van quedando pocos. Uno de los últimos, Fabio Baudrit, el humorista Foxes; fino para dibujar un cuadro de costumbres; hábil para retratar en su prosa sabrosa y cuidada, el sentir de los campesinos, su forma de expresión, peculiar y tradicional. Del grupo se fueron antes Leonidas Briceño, Guillermo Vargas Calvo, Ricardo Fernández Guardia, el general Rafael Villegas y alguno otro cuyo nombre escapa a nuestra memoria.

Fueron ellos los mantenedores de las tertulias de fin del siglo pasado y comienzos del presente, en las redacciones de los periódicos y revistas. De los que llenaban cuartilla tras cuartilla, a lápiz o pluma, para formar páginas enteras de sabrosa lectura que el público leía con fruición. Laboraron en "El Notuciero" de los Briceño; en "El Diario" de Octavio García; en varias revistas, entre ellas *Pandemonium*, o en la primera época de "La Información".

Esas tertulias servían para la comidilla del diario vivir; el comentario de los actos de gobierno; el análisis de la situación política y al final, el artículo de uno; la crónica del otro, el verso de aquél, y la humorada del de más allá.

Martín, con su voz cadenciosa, suave y baja, pero con su talento y perspicacia singular, era de los que formaban centro en la tertulia porque se le oía con atención. Ponía un poco de sal ática en su charla y sabía muchas cosas de las que sólo se oyen entre bastidores de las casas presidenciales.

Pero no era esa la única habilidad que lo llevó hasta formar parte de los asesores presidenciales; también fue a menudo una especie de ministro sin cartera, a quien se consultaba con seguridad de obtener feliz respuesta, soluciones adecuadas a los problemas pendientes.

Tan bueno como obogado,—fue director judicial de muchas importantes firmas,—como buen escritor. Tuvo así mismo temperamento de periodista. Dirigió varios periódicos y revistas, en su juventud y más tarde, entrado en años. De no haber tenido un bufete de primera categoría, seguros estamos de que se habría consagrado a las tareas del diarismo como empresa de su predilección. En compañía de don Gerardo Matamoros fundó, *El Noticiero*, contando con imprenta propia. Fue un "*Noticiero*" posterior al de los Briceño. Allí trabajaron Leonardo Montalbán, Rosendo del Valle y Carlos Oreamuno.

Inquieto siempre por estos menesteres de la publicidad y del arte literario, fue de los fundadores del Ateneo de Costa Rica y de los propulsores de los primeros certámenes literarios. Mantenedor de algunos de ellos, en los que le tocó a veces llevar la palabra, arte en que fue maestro. En el antiguo Teatro Variedades, centro de reuniones culturales otrora, resonaba la palabra de Martín, con ecos de triunfo. Y era esto cuando Zambrana electrizaba a sus oyentes. Ni Alejandro Bermúdez el nicaragüense, ni Rivas Vázquez el venezolano, que aquí ganaron fama de grandes oradores, oscurecían a Martín. Era que éste resultaba un preciosista de la prosa. Seguro, discreto, ni abusaba de la palabra rimbombante ni acudía a las figuras raras, o coruscante. Su técnica era la elegancia dentro de la sencillez. Y por eso se crecía ante las multitudes, sin tener voz fuerte ni potente. Tenía más de orador de salón. Pero de salón de gran mundo, de buenos oyentes.

Fue miembro de la Academia Costarricense de la Lengua, más nunca hizo de eso motivo de ostentación. Por cierto que su último discurso lo pronunció en su calidad de delegado de la Academia, con motivo del fallecimiento del presidente de ésta, don Ricardo Fernández Guardia, cuya amistad cultivó con devota admiración. Una pieza de tipo académico, Si corta en líneas, de una distinción singular en su esencia.

Durante muchos años sirvió como abogado consultor del Banco Nacional de Seguros, hoy Instituto Nacional de Seguros. Oportuno para un consejo. Prudente y sagaz. Conocedor de todos los secretos del profesional de larga experiencia.

Pero hay una virtud que deseamos ponderar, en todo lo que valía, y distinguía a Ernesto Martín. Un señor y un amigo sincero. Cuando un colega suyo, periodista, estuvo a punto de ir a la cárcel por una publicación, él se constituyó en el defensor de oficio y llegaba hasta la vista de Casación, apelando a todos los recursos, inclusive a su dialéctica contundente, convincente, hasta sacar bien librado a su amigo. Y al final ni siquiera cobraba los honorarios. Su complacencia era la de librar al amigo de la dificultad. Entonces sacrificaba su dinero y su tiempo.

Es posible que en sus actuaciones políticas haya quien le censure algún acto o consejo. Los hombres que tienen que actuar en esos afanes, deben tener en cuenta no sólo su propio criterio, sino también los intereses de su partido. Y en todo caso, no es hora de hacer un balance político.

Con Ernesto Martín pierde Costa Rica uno de los últimos valores del siglo pasado. De aquellos ciudadanos, que al lado de don Cleto González Viquez,—el hombre de aldea con talento y alma de gran señor,—formaron lo que se llamó el Olimpo. No era por la tradición de su abolengo que así se les catalogaba, sino por la aristocracia del talento. Visten pendones negros las letras nacionales; está de duelo el Foro costarricense. Se apagó la vida de uno de nuestros mejores oradores, de un dilecto cultivar de la prosa.

¡Descanse en paz quien supo batallar, como bravo y valiente, sin temor ni a la pobreza ni a las vicisitudes, porque se sintió superior a todo, por el señorío de su aristocrático pensamiento y la brillantez de su palabra hablada y escrita.

20 de setiembre de 1952

JULIO PEÑA MORUA

ESTOY oyendo los lamentos funerarios de las campanas; me parece percibir muy cerca, las voces roncadas del órgano, que semejan gemidos. La Iglesia Católica tiene, para estos casos, sus rituales más imponentes. Hay un misterio insondable en el paso de la tierra a las regiones del silencio y de la paz; Para unos, es motivo de temor; para otros de esperanza. A los deudos del que se va sobran lágrimas. Y el salmo dice: *Bienaventurados los que lloran!* Yo pienso en el término de los sufrimientos y de las congojas. Si recordáramos a diario que cada día trae su propia congoja, el problema de la muerte nos sería más familiar. Quizá no existiría. Ya dijo Aparicio Guijarro que el solo pensamiento de la muerte consuela. Pero nos apegamos mucho a la vida mundanal.

No es esta la mejor oportunidad para hacer una biografía del ilustre desaparecido, a quien hoy lloramos. Ya habré de emprender en esa tarea, grata al espíritu, como el reconocimiento de las virtudes que adornaron a don Julio Peña Morúa. Un ciudadano que muy pocos pudieron apreciar en todo su valor. El mismo se encargaba de vertir con su modestia los propios merecimientos.

Su primera virtud fue el trabajo. En la ciudad de Cartago lo conocimos cuando hacía, de una modesta sociedad de ahorros, una institución bancaria. Logró vencer la apatía del medio y crear confianza. A los que tenían dinero los llamó a colaborar; a los que carecían de él, los llamó a depositar sus ahorros, a cambio de ayudarlos a salir de sus dificultades económicas. Su preocupación social tenía un sentido: enseñar a las gentes hábitos de economía y ponerlas en condiciones de resolver sus propios problemas. Él no fue rico y pudo levan-

tar fortuna, pero no le halagó tanto eso, como crearse una buena reputación. Ya esto dice de su valor moral.

Cuando en el año 1934 el Congreso se disponía a intervenir en el manejo del Banco Internacional de Costa Rica, llevando hasta sus departamentos técnicos la política menuda, —que piensa en guarismos y se traduce en dádivas—, entonces presentó su renuncia de Director de Banco, don Juan Rafael Chacón, de probidad indiscutible. Hubo desconcierto en las esferas oficiales. Quién podría asumir las responsabilidades del cargo que quedaba vacante? Y el sentido periodístico, más que el afectuoso,—siendo muy apreciable en este caso,—me movió a proponer el nombre de don Julio Peña. Lo aceptaron entonces los banqueros; Jaime Rojas, José Joaquín Alfaro y Eduardo Carrillo, con loas; pero el Secretario de Hacienda, Lic. don Carlos Brenes, tuvo sus dudas. Sabía del valor moral y de la capacidad de don Julio Peña, pero dudaba de que se atreviera venir a asumir una responsabilidad tan grande, en momentos azarosos; que debía dejar una vida tranquila de provincia, rodeada de las mayores consideraciones, para iniciar una lucha fuerte. Sabía que don Julio no era hombre de vanidades; que por espíritu de trabajo podía aceptar; por ganar posición en la banca del país, no. Pero lo decidí mi intervención amistosa. Y fue a ofrecerle la posición.

Como nos lo había dicho don Julio en las horas de la mañana de ese mismo día, contestó que el honor era muy grande, pero que no podía aceptarlo sin reservas. Tres condiciones estableció: una de ellas la más absoluta independencia; otra, la transformación del Banco. Esa transformación, de cuyos resultados se beneficia hoy el país, no fue iniciativa del doctor Max. El Dr. Max vino a poner en ejecución un plan global que el Sr. Peña le hizo conocer, antes de decidir su viaje a Costa Rica. Cuando se trató de contratar los servicios de gran experto en la banca y la economía de América.

No por fatuidad hablo de este incidente de mi vida periodística, del cual siempre me he sentido complacido. Sé que serví bien a mi Patria. Y como pueden saltar dudas a este

respecto, consigno aquí palabras del propio Sr. Peña Morúa, rubricadas el domingo doce de junio de este mismo año:

Leí con especial complacencia su artículo «Justificación de una vida al servicio del diarismo», que detalla su fecunda y valiosa labor periodística y la referencia histórica de mi llegada al Banco Internacional que tuvo su iniciación en la sugerión suya en la que, ponderando méritos que no tenía, indicó mi nombre para la dirección en esa institución.

Tanto en el período de transformación del Banco Internacional, que fue la ejecución de una de las tres condiciones básicas que Ud. recuerda fijé para mi aceptación, como en el largo trayecto de la evolución bancaria costarricense, siempre he tenido el apoyo de su privilegiada pluma, etc».

Lo que hay de elogio a mi persona puede suprimirse; responde a la afectuosa simpatía, mantenida por años, pero sí queda claro que a mí y desde luego a *Diario de Costa Rica* a quien sirvo desde el año 1919, corresponde el éxito en la escogencia del Sr. Peña Morúa para la dirección del banco de la República.

Sin que nadie se resienta, porque era la tónica bancaria de la época, digo que nuestras instituciones de crédito, en general, tenían más de casas de préstamo, que de bancos. Don Julio se dispuso a reorganizar la banca costarricense para ponerla al servicio de la economía. Y lo logró. Transformó el Banco Internacional, no simplemente con un cambio de nombre, Banco Nacional de Costa Rica, sino dándole un carácter de banco central, haciendo posible el desarrollo de la agricultura y el de todas las actividades productoras. La organización de las juntas rurales de crédito agrícola, verdaderos bancos cantonales; el fomento de la producción,—que la Junta de Gobierno pasada aprovechó para llevar a su máximo apogeo, sirviéndose de los silos, de los equipos mecánicos, de los sementales importados y de toda la legislación ya vigente,—y otras muchas iniciativas, verdaderamente revolucionarias, dieron al país una nueva vida, de trabajo, de esperanza y de fé en el propio esfuerzo. Hasta el problema de la vivien-

da fue enfocado y debe recordarse que la ciudadela de las márgenes del río Ocloro,—que debería llevar el nombre de Julio Peña,—las inició el Banco Nacional, innovando en esa materia, pues en vez de gracia para unas familias, se pensó en ayudarlas haciéndoles facilidades, a fin de que llegaran a ser dueñas de su propia casa. *Lo que no cuesta no se aprecia*, decía el Sr. Peña Morúa. Sabía él, con Cándido Mucedal, *«que para predicar a los ricos la caridad, como remedio social, no es preciso aconsejar la rebelión a los pobres»*. Su pensamiento, tanto en su trabajo como en sus ideas sociales, era dar oportunidades a las gentes, aprovechar sus mejores condiciones, garantizándoles una vida libre de temores y zozobras. Exigirles esfuerzo, pero asegurarles recompensa justa. Hacer posible la vieja y tradicional fraternidad costarricense por una amable comprensión y un renovado esfuerzo de todos y cada uno de los ciudadanos.

No había terminado sus planes el señor Peña. Esperaba la creación del Banco Central y una nueva ley general de bancos, moderna; más ajustada a las realidades que vive el mundo. Sabía que todo en la vida es susceptible de transformación, de mejora. Vivía al día en la técnica bancaria y en todos los movimientos sociales, que pudieran tener relación con el desarrollo del crédito y el fomento del ahorro y la aplicación de una sana economía. Por eso conquistó nombre en la banca norteamericana.

Pocas horas antes de sentirse enfermo, el martes anterior, fue a recorrer el nuevo edificio en construcción, y apreciando próximo su término, comenzó a planear la nueva distribución de departamentos, con el Ingeniero Góngora. Y ya entonces, como presintiendo su sercano fin, dejó vibrando esta exclamación:—*Nadie sabe para quién trabaja!* Pero se fue a su casa con esta satisfacción de quien sabe que no ha arado en el mar. Que su obra la recordarán los tiempos. Y cuanto más lejos, se crecerá más.

La muerte es la compensación justa y definitiva: el descanso. Ya se ha dicho que también mueren los reyes. Pero duele una vida de sesenta años, apagada cuando podía ofre-

cer el fruto de la experiencia y de los conocimientos acumulados, no en tonel sin fondo, sino en la cabeza de un varón capaz de aprovecharlos y de ponerlos al servicio de su Patria.

Honda pena sufrió el Sr. Peña por la incomprensión de algunos de sus actos. No se tomó en cuenta que él no actuó nunca en función de político, sino de técnico. Es hora de decir a los cuatro vientos que en los días acongojantes del año pasado, defendió el Barco como suyo y hasta la vida estuvo a punto de dar por él. Permaneció firme en su puesto, contra todas las amenazas, creyendo con lealtad que era más prudente evitar la salida impropia de los dineros confiados a su cuidado, que cerrar las puertas con candado. No hay cerrojos que no cedan a la fuerza bruta y el prevaricato. La historia dirá algún día cual fué su actuación. Quedan muchos ciudadanos íntegros que la conocen y la valoran con lealtad.

Termino esta nota necrológica, que es un girón de historia bancaria costarricense, dictada por el conocimiento de una vida consagrada a los altos intereses de Costa Rica, sin hacer de ello ostentación. Ojalá que haya tenido la ponderación necesaria para, diciéndolo con la frase elegante de Fray Luis de Granada, *«no carezcan mis palabras de lisonja», sino también de sospecha della»*.

Doblen las campanas funebres, eleve el órgano sus notas rituales, cuando la Iglesia viste de negro y llore la Patria la pérdida de uno de sus mejores valores humanos.

MANUEL SALAZAR

EN una cama de hospital terminó su vida el que fuera un día el primer tenor del mundo: Manuel Salazar. El sucesor de Caruso. Es posible que sus paisanos o algunos de ellos, sonrían ante esta apreciación, pero puedo referir la siguiente anécdota. En México, que es tierra del arte y de los artistas, se repite con vanagloria: "Hemos tenido la fortuna de ver actuar en nuestros teatros a los dos más grandes tenores del mundo: Caruso y Salazar.

Melico fué un artista y un bohemio. El artista nace, como el poeta. Podríamos decir que tiene un temperamento especial. Una sensibilidad particular. Y en su vida corriente, señala sus peculiaridades. Por eso ha dicho Gastón Figueira que *"La Biografía del artista tiene importancia como contribución al estudio de la psicología individual en sus relaciones con las actividades estéticas"*.

A fines del siglo pasado Melico era un muchacho inquieto que vivía en Cartago. Al levantarse entonaba los cantos que conocía. Así, estando vecino a su residencia, el gran maestro español don José Campabadal, —ex-maestro de capilla de la catedral de Barcelona,— lo llamó para ofrecerle dar lecciones — Tienes una gran voz, le dijo, pero hay que educarla. Melico prefería andar de fiesta con sus compañeros, entonando serenatas . . .

Mas tarde hacía estudios con el maestro Gustavo Campos; dice él mismo, —en el apunte biográfico que dejó en uno de sus Métodos,— que apenas estudió los *"intervalos"*, durante cuatro meses. Era inconstante. También estudió con el Maestro Freer.

Y comenzó a cantar en el teatro de Cartago y en los templos, obteniendo innumerables triunfos. Tenía una gran

voz; le faltaba escuela. La noticia de las condiciones de la voz de Salazar llegó al maestro don José Joaquín Vargas Calvo,—que ha sido un formador de artistas,—y lo invitó a participar en un concierto que se organizaba en el Teatro Nacional, para el 29 de diciembre de 1904. El éxito alcanzado esa noche le valió la oferta de clases de solfeo, gratuitamente.

Ya antes, el año 1902, le había llamado el maestro Cuevas para formar parte en su Compañía de Zarzuela, la que montó "*El Marqués de Talamanca*" de Gagini, pero una enfermedad en el pecho, obligó a Melico a abandonar el canto durante año y medio.

Por ese tiempo lo trajeron al colegio Seminario y se recuerda que cuando actuaba una Compañía de Opera, se daba sus escapadas para solazarse viendo actuar a los grandes artistas que visitaron nuestro Teatro Nacional en esa época. Acáso, pensaba ya en ser algún día el protagonista de Otelo?

Definitivamente, quien puso sobre las tablas a Melico Salazar, fue el gran artista Alfredo del Diestro, que actuó con su compañía, en varias ocasiones, en nuestro Teatro Nacional. Una vez lo puso, tras un ensayo de días, a cantar la zarzuela Marina.

Y comenzó la vida de triunfos de nuestro gran Tenor.

Fué a Italia, a los Estados Unidos y México, y se perfeccionó en el canto y a la vez fue figurando en los grandes elencos de renombre mundial. Ya estaba hecho el artista. La voz la traía consigo. Fue un don de Dios.

Entonces lo buscaba el gran empresario Bracale; lo llamaban de aquí y de allá. Y comenzaron sus fallas. Solía olvidarse de sus compromisos. El bohemio ponía en fuga al artista. Y los empresarios quedaban mal con sus abonados. Anunciaban al gran tenor Salazar y no llegaba. Perdía enormes sumas, más no le importaba. Para él valía más un rato de placer, una fiesta de amigos, que el prosaico dinero.

Mientras gozaba de nombre y de riqueza, gracias a su

voz privilegiada, Melico solía acordarse de sus familiares de Costa Rica, y algunos dólares les hacía llegar.

Porque mantuvo siempre, inclusive en los días de gran esplendor, vivos el recuerdo de la Patria y el sentimiento fraternal para los suyos.

En diferentes ocasiones vino a Costa Rica; no quería que sus paisanos ignoraran sus triunfos. Tampoco permitía que se conformaran sólo con oírlos repetir. Prefería venir a actuar a nuestro Teatro Nacional. A recordar los días de su primera presentación y su primer triunfo.

Los teatros temblaban cuando Melico cantaba la Fuerza del Destino, Otello, Pagliacci, el Trovador, o André Chénier, sus obras favoritas. Difícil será superar, ha dicho un comentarista extranjero, el "Otello" de Salazar.

Cuando comenzaba su carrera artística, se dijo en Costa Rica, en la revista Páginas Ilustradas: "*Tiene Salazar cinco notas de un efecto maravilloso; sol natural, sol sostenido, la natural, si bemol y si natural, en el registro alto, y muy particularmente las tres últimas*".

Ya entonces había cantado en México, conquistando ovaciones. Sus agudos, perfectamente emitidos, brillantemente sostenidos, de un colorido singular, le hacían el tenor favorito. Y estaba en plena juventud.

Al fin comenzó a fallar el órgano bucal. Lo que Dios le dió, se lo quitaba. A temprana edad terminó su carrera de cantante.

Vino a buscar su rincón amado y se concretó a dar lecciones; a montar óperas con cantantes nacionales. A hacer arte y artistas. En este sentido generoso, cumplió mejor su cometido. Uno de sus buenos discípulos es el bajo cartaginés Claudio Brenes. Podríamos citar otros muchos nombres.

Cuando la enfermedad lo arrinconó inmisericorde, se avi-

no a su pobreza y buscó un retiro, protegido por el cariño de su admirable compañera de hogar. Ha sido su ángel tutelar. Lo admiró en sus días de gloria y compartió sus tristezas y sus pobreza con un estoicismo ejemplar.

Ayer fueron llevados sus restos mortales al Cementerio. Sus buenos amigos, los artistas nacionales y muchas gentes, fueron a depositar su cuerpo en el seno de la madre tierra. Antes de que se cerrara la fosa dijeron palabras de elogio y recuerdo: Octavio Castro Saborío y Edwin Chacón. Podemos agregar que la Patria estuvo presente, en esa hora definitiva, en la persona de su Presidente.

Ya se habla de levantar un mausoleo a su memoria. Primero hay que pensar en la suerte de la esposa abnegada, que queda en el mayor desamparo. Para perpetuar el nombre de Manuel Salazar, el bohemio incorregible, quedan las óperas que él cantó, con sus personajes principales, que él hizo a la perfección. Inimitablemente.

Cuando cantaba en México el bajo costarricense Claudio Brenes, se produjo esta anécdota. Lo oyeron los maestros Hectore Verna y Guido Picco, y entusiasmados le preguntaron de dónde era, y orgulloso, dijo:—De Costa Rica.

—De Costa Rica; de la tierra de Manuel Salazar?

—Sí señor, con él comencé a estudiar.

—Con razón,—dijo Guido,— Tiene corazón, como Salazar. . .

Eso fué Melico: un gran corazón y una gran voz. Un gran bohemio con alma de niño. Pensó que la vida era eterna juventud. No avizó el futuro. O se avino a vivirlo pobre, franciscanamente. Tampoco cuando niño la fortuna había sido muy espléndida y llegó a ser uno de los primeros artistas del mundo. En un momento dado, el primer tenor.

Ya cumplió su destino. Frente a la tumba recién abierta, sólo tenemos palabras de melancólica despedida para quien supo ser siempre un dilecto amigo. Con un «*Dios lo perdone,*»

muy tico, lo despedimos tristemente, mientras acompañamos a su distinguida esposa y sus deudos; entre ellos todos los artistas que lo quisieron y admiraron sinceramente, y que han sorbido un trago amargo. Siempre hay una duda y una congoja frente a lo desconocido! Oremos por el que se fué....

8 de agosto de 1950.

JOSE MARIA ZELEDON BRENES

EN la antañona ciudad de Esparta, muy cerca de la costa casi oyendo el ronco rumor de las olas que se deshacen, como dijo el poeta, en blancos copos de heliotropos, terminó sus días el autor de la letra del Himno Nacional, don José María Zeledón Brenes, cuya actuación ciudadana llena muchas páginas de la historia costarricense.

Para unos lo importante puede ser,—en su vida,—que obtuviera el premio en el concurso de la letra para el Himno Nacional, promovido el año 1903, en esta capital; para otros quizá lo perdurable será la resonancia y la belleza de su estro poético; para nosotros lo que más vale es su inquebrantable fe en una conducta intachable, mantenida rígidamente, sin preocupaciones en el qué dirán ni en ningún prejuicio social, económico ni sectario. Don José María Zeledón fue él, y nada más que él. Pudo a veces equivocarse, pudo ignorar el medio, pero nada le importó, tanto, como su propio criterio. Un carácter singular, esto fué lo ejemplar en él.

En sus mocedades, inflamado por las ideas republicanas, hace de periodista y de agitador de masas. Su prosa y su verso le abren campo en nuestra literatura, pero triunfa particularmente, como escritor festivo. Entonces populariza sus dos pseudónimos: Billo y Merlín. También hace discursos en las plazas públicas. Sirve al Partido Republicano en forma valiente y efectiva. No alcanza el reconocimiento público, porque su prosa es agresiva y crea conflictos. El político debe "*barrer para dentro*". Y él no cede: arremete contra todo y contra todos. En el campo político se cerró el paso. Pero conquistó un nombre como escritor; uno de los más leídos en el país.

Se promueve el concurso para cambiar la letra del Himno Nacional y resulta vencedor. Otro oleaje de dictérios y de

críticas contra él. Le disputan el honor. Mas, el fallo se mantiene y durante medio siglo su Himno, sonoro, vibrante, se canta en las escuelas. Y el nombre del poeta vive en el corazón generoso de todos los costarricenses, especialmente, del pueblo que él cantó y consagró como ejemplo de civismo:

*En la lucha tenaz, de fecunda labor,
Que enrojece del hombre la faz,
Conquistaron tus hijos—labriegos sencillos—
Eterno prestigio, estima y honor.*

Hay una época de su vida en que le interesan los movimientos obreros. Lucha por las conquistas sociales. En compañía de Omar Dengo y de otros intelectuales, dicta conferencias, agrupa a los trabajadores más conscientes en el Centro Germinal. Allí germinan la intriga y el odio. Al cabo se da cuenta de que ara en la arena y pone la vista en otros horizontes. Porque eso sí, no puede estar quieto. Trabajando como el mejor de los trabajadores, y seguramente como muy pocos trabajadores, le sobraba tiempo siempre. Y tenía que invertirlo en alguna actividad de interés colectivo. Metido en uno de esos afanes, lo arrastraba su inquietud, y entonces sacrificaba hasta las horas del descanso.

Por el año 1914 llegó a la Imprenta Nacional; innovó y señaló nuevos rumbos, a la vez que sus medidas disciplinarias le granjeaban molestias y odios. Llevó a su lado una serie de jóvenes que comenzaban a sobresalir en el mundo de las letras, el nuestro, tan pequeño y tan mezquino. Organizó unos juegos florales y dió oportunidad para que cobraran nombre, entre otros, Carmen Lyra, Mario Sarcho, Camilo Cruz Santos, etc. Pero como si fuera su destino, a poco peleaba con algunos de sus protegidos.

Entra en los movimientos revolucionarios contra el régimen de Tinoco y sufre persecuciones y ultrajes. Se le ridiculiza a veces; se le mortifica, pero su genio no es de los que ceden. Y llega hasta el final, tratando de ponerse fuera del alcance de su perseguidores. Triunfa la Revolución del Sapoá y llega al Congreso, que pintorescamente se llamó de los

Hormidas y los Hermenegildos. Hay mucho elemento campesino, de buen sentido y mejor patriotismo. Y con ellos hace camaradería. Lucha tenazmente por establecer sanciones y otro oleaje de dicitos y de críticas se alza contra él. Pero como siempre, impertérrito desafía a sus enemigos. Y logra abrir paso a sus planes de reivindicación y de castigo. No lo mueve un espíritu de persecución, tanto como su idealismo romántico de establecer la justicia social, de señalar ejemplos a fin de que haya más respeto para la República.

Trabaja en empresas particulares, señalando siempre un afán de progreso, de renovación de sistemas, luchando contra la incomprensión y terminando siempre con su retiro. Porque en ninguna parte calentó el asiento. Siempre estaba listo para hacer entrega de su oficina. Así saliera cruzado de brazos.

Tenía fe en su capacidad de trabajo, en su espíritu batallador, tanto como en el sentido de sacrificio de su esposa y de sus hijos. Porque no persiguió nunca riquezas, sino que se conformaba con un modesto pasar. Y enseñó a sus hijos, con su propio ejemplo, a trabajar como buenos y también a vivir modestamente, lejos de los ruidos mundanales. A no oír otra voz alentadora, que la de su propia conciencia.

Por su capacidad como tenedor de libros y su carácter organizador, le llevan a la Tesorería Municipal de San José, en días difíciles. Comienza su tarea con buen éxito. Se rodea de gente joven, de quienes hace trabajadores de alta calidad, técnica y moral. Lucha contra todos los vicios, elevados a categoría de recursos politiqueros y no lo amedrenta ni la amenaza del despido. Sirve a la comunidad josefina con gran eficiencia. Y prueba su capacidad de trabajo, una vez más.

Ya en los últimos años de su vida, cuando han aparecido las huellas fatales y el corazón,—que tanto amó a la Belleza y al Bien y a la humanidad doliente,—está dañado, le llaman a servir en el Hospital San Juan de Dios como Secretario General. Había que poner orden y establecer disciplinas rígidas a las gentes indisciplinadas por temperamento y por limitación de cultura. Redactó reglamentos; trabajó día y

noche sin pensar en la suma asignada como sueldo. Sacrificó sus domingos y los días feriados, que por ley eran de asueto. Dió más de lo que se le pidió. Y siendo un liberal tradicional, a veces de sentido ateo, llegó a fraternizar con las Hermanas de Caridad, cuando se dió cuenta de su abnegación, de su labor misericordiosa. Allí se encontraron dos polos opuestos, que servían con diferente criterio. No era tan amargado, como se solía decir, cuando comprendía y apreciaba el espíritu de trabajo, lo ejerciera una monja o un renegado.

Estando en esa posición, ya cuando su cuerpo comenzaba a ceder, se produjo el ataque inopinado y brutal, contra la Institución hospitalaria. Y con un gesto de caballero y de hombre, que lo es de verdad, mientras otros buscaban la escapada o el fácil refugio, él se enfrentó a las hordas encanalladas, que disparaban tiros y blasfemaban, como gentes salidas del averno. Y lo irrespetaron inmisericordes. De esa herida mortal ya no se salvó. Nos lo dijo pocos días antes de buscar el campo, la tranquilidad aldeana, para esperar tranquilo los designios de Dios.—*Pude alcanzar más años, pero el martirio a que me sometieron los caldero-comunistas, me destruyó.* Gozando de un permiso, salió hacia la bajura, a confundirse con el pueblo, que fue su gran amor. Y allí lo venció la muerte, rodeado del cariño de los suyos, llorado por las gentes más humildes.

Hay un detalle de su vida, que vale la pena consignar, aun siendo de índole muy privada. Educó a sus hijas con esmero y cuando estuvieron de tomar estado, pensó en que sus yernos fueran gentes sencillas, alejadas de los círculos sociales. Y cuando fue abuelo, su corazón reverdecía y su mente cobró nuevos bríos y cantó, como pájaro libre, que se regocija ante un nuevo amanecer campesino.

En la constituyente de este año 1949, luchó por la constitucionalidad: fue cruel a veces en sus apreciaciones, pero destacó su decidida fe en la soberanía de la Patria. Perdió varias batallas; empero, marcó, con letra de oro, su gran espíritu cívico. Genio y figura, hasta la sepultura, como reza el refrán popular.

Muy a saltos hemos tratado de reconstruir la vida del poeta y amigo muy estimado, don José María Zeledón Brenes, con quien compartimos muchas luchas. A veces no estuvimos de acuerdo con su criterio demoledor, obstinado y severo; respetamos sus ideas y mantuvimos nuestras relaciones. Pudo tener sus errores; pero le admiramos esa sinceridad y esa honradez con que distinguió sus luchas. Comparamos su vida con las paralelas de la vía férrea, en una de esas rectas interminables que llevan hasta el mar. De acero su temple; sus ideas y su honestidad, una paralela mantenida por un carácter forjado a golpes de mazo.

Ha terminado sus luchas; se cierran las páginas de una vida ejemplar, ennoblecida por el decoro, y el patriotismo.

Dijo uno de nuestros políticos, pensando en Braulio Carrillo, que era preciso escarnecer en los muertos sus defectos para que los vivos tomaran ejemplo. De Billo Zeledón, no sabemos que poner más de relieve, si sus defectos o sus méritos, porque en todo fué ejemplar. Si la salud no le flaquea, no termina en la cama, sino en la pelea diaria contra el vicio, la holgazanería y la impudicia cívica; ora con su lanza en alto, listo a acometer furioso; ora con la canción en los labios, exaltando el bien, la bondad y la belleza. Cantando a los niños o a los humildes labriegos, que fueron su gran preocupación.

La Justicia por excelencia tome en cuenta los méritos de este luchador, que si no siguió a Jesús, si lo imitó en su empeño de poner en fuga a todos los mercaderes que traen al mundo tan acongojado y tan amargado. Paz para quien vivió en constante guerra espiritual!

Y sigan cantando las generaciones, emocionadas, pensando en las nuevas auroras, en el reverdecer de las virtudes cívicas:

¡Salve, oh tierra gentil!

¡Salve, oh madre de amor!

8 de diciembre de 1949.